

PLUMA y LAPIZ

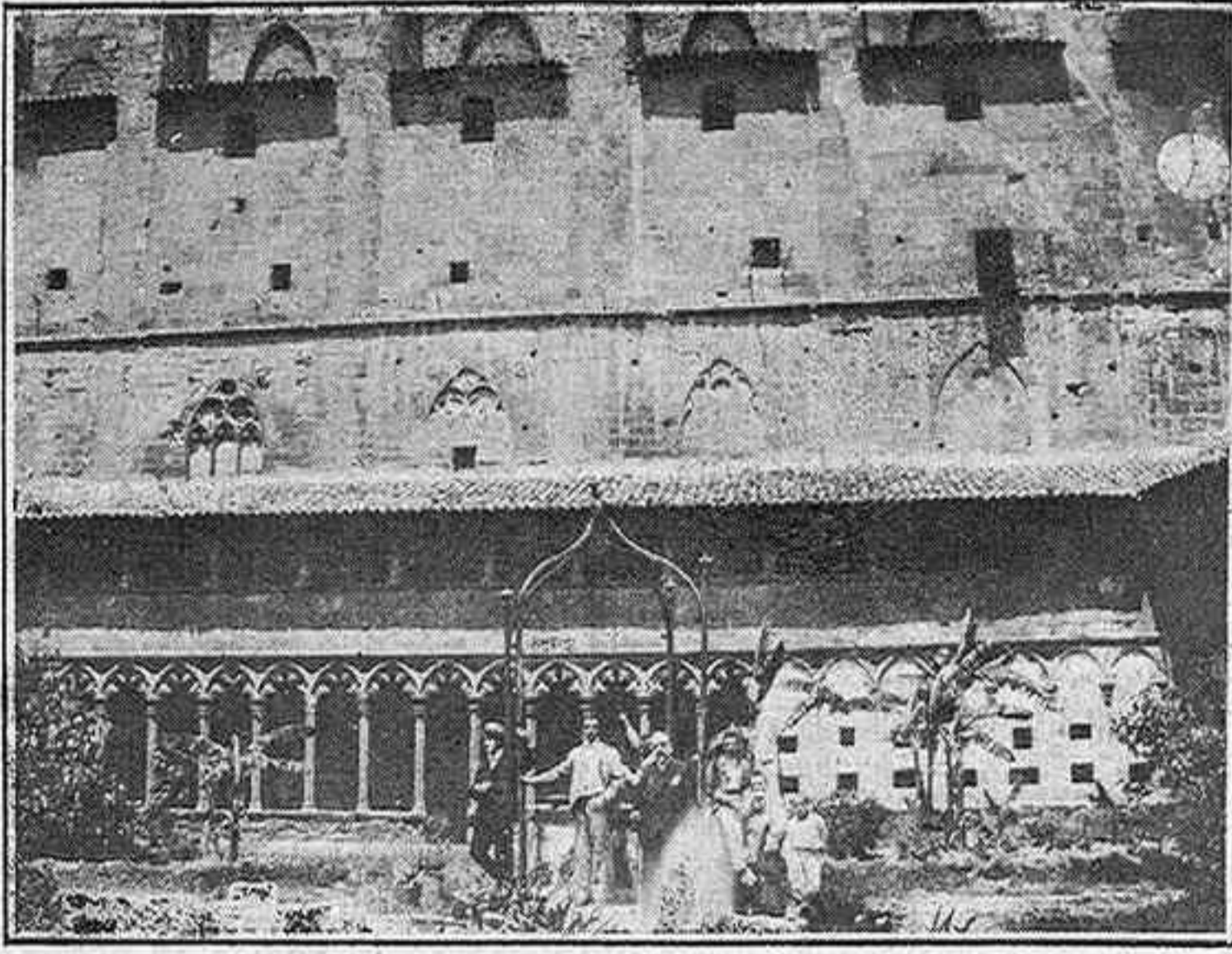


MARÍA TUBAU DE PALENCIA, EN LA COMEDIA *Colinette*.

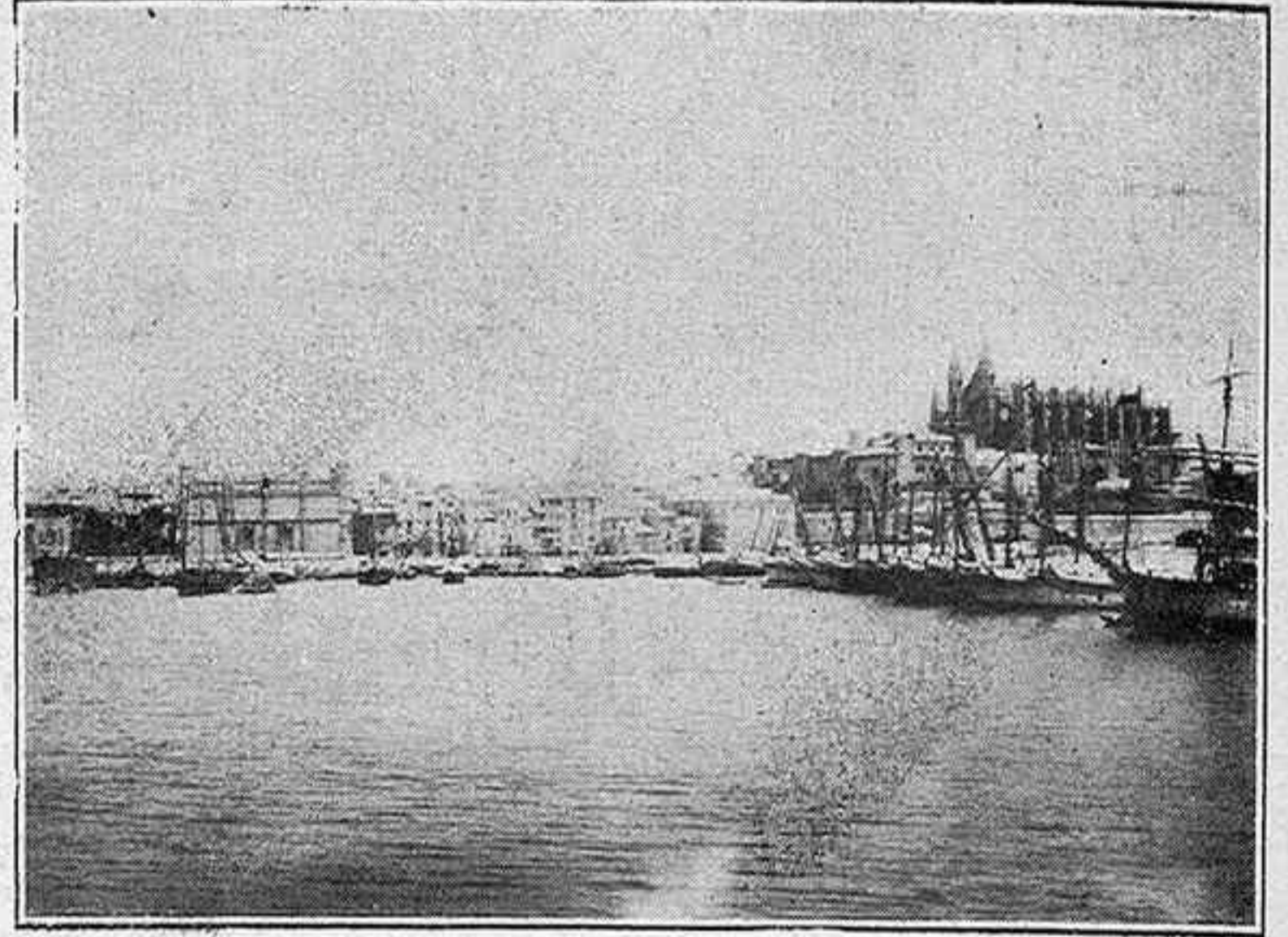
NÚM. 102

Fot. de Esplugas.

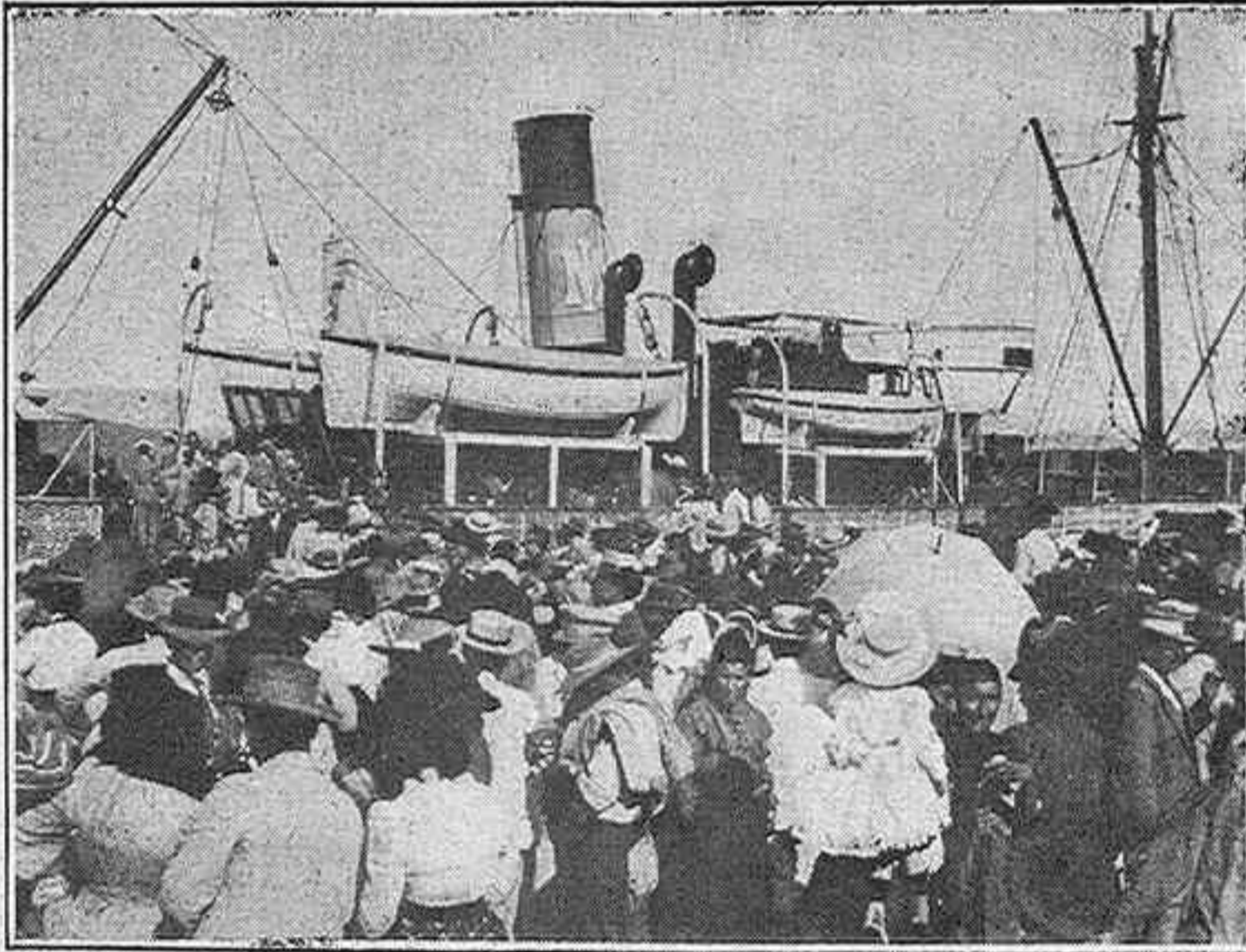
ISLAS BALEARES



Claustros de la Iglesia de San Francisco.



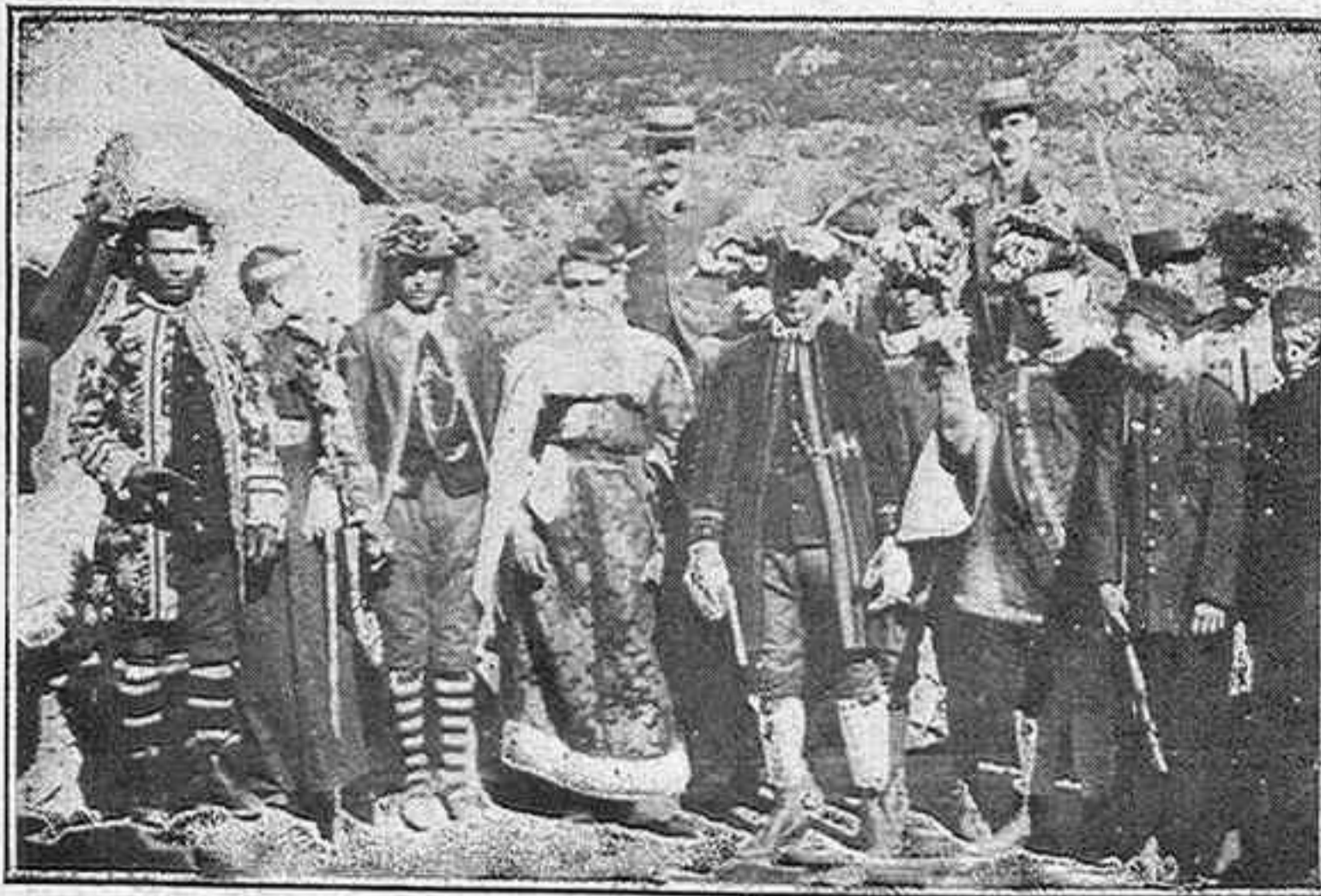
Vista de Palma.



Vapor correo
que hace la travesía de Barcelona á Palma.



Vista de Sóller.

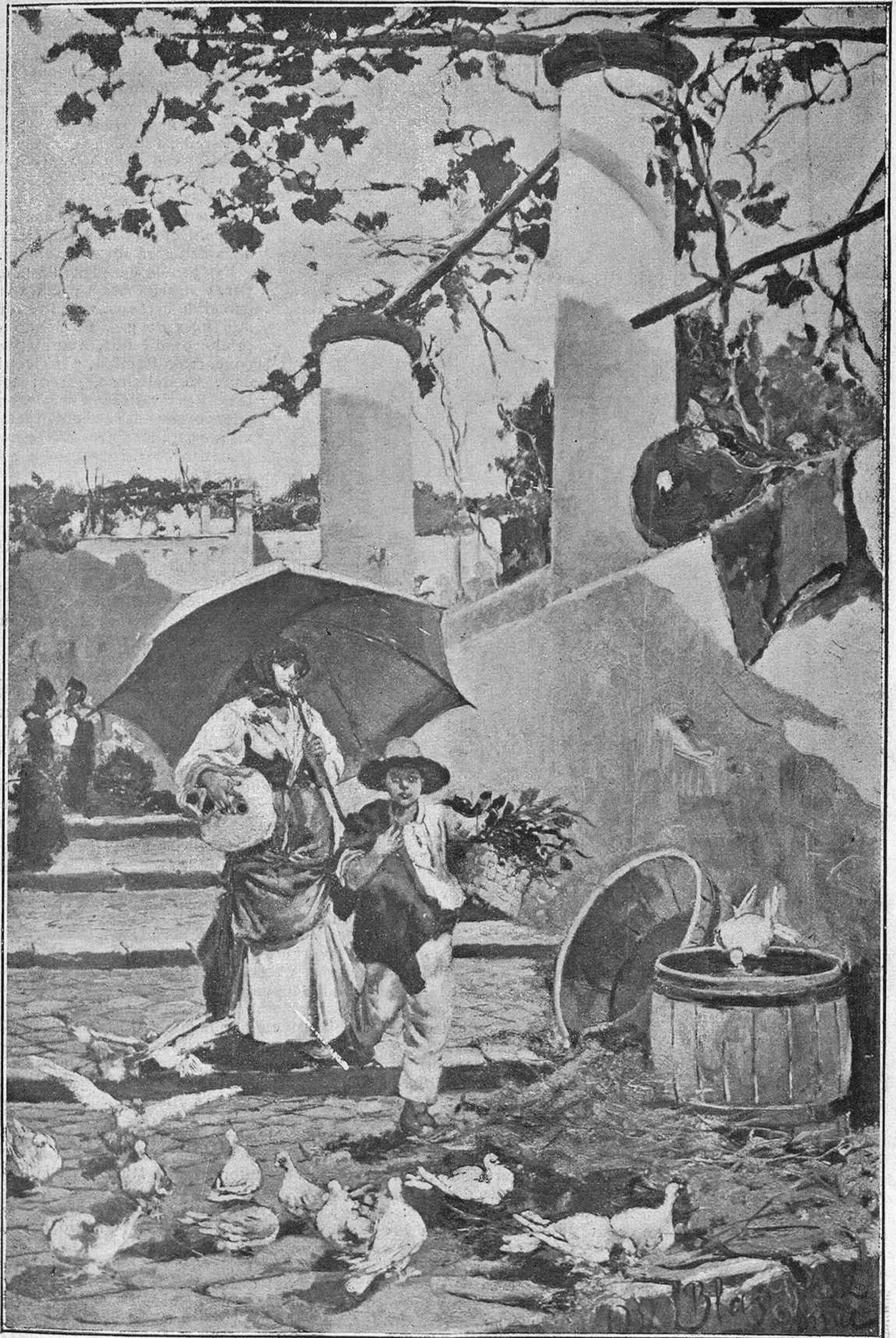


La fiesta de los Reyes.



Camino de las cuevas.

Fotografías de García Quintana.



ESCENA DEL NATURAL EN LA ISLA DE CAPRI (Italia).

Fot. de J. Laurent y C.^a — (Madrid).

LA VIRGEN DE LOS CLAVELES



DESPUÉS de haber pasado veinte días en casa, prisionero del reuma, leyendo *La Alpujarra*, del malogrado Alarcón, y la hermosa novela *Peñas arriba*, de José María de Pereda, á fin de hacer más alegres y llevaderas las horas de mi esclavitud, fuí en busca de sol, de embalsamadoras brisas y de bellos y dilatados horizontes, á una de las poblaciones más importantes de la deliciosa costa de levante.

Estábamos en plena fiesta mayor, y aquella rica y pacífica villa parecía haberse convertido en otra. Mil luces de gas, formando caprichosos dibujos, iluminaban la concurrida Rambla, y la electricidad, su delicioso paseo; todas las calles rivalizaban en elegantes adornos; en ellas se habían improvisado capillas, y los balcones ostentaban colgaduras; los portales de las sociedades de recreo se habían transformado en jardines; por doquier se oían coros y orquestas; los cafés se tomaban por asalto; un

gentío inmenso recorría las principales vías; y bellas mujeres de perfil griego, como todas las hijas de la costa de levante, esbeltas, engalanadas hasta la perfección, se dirigían á los saraos, cuyos salones presentaban un bello y deslumbrador aspecto. Al salir de uno de esos bailes, dirigí mis pasos á la parte alta de la población.

Caminando á la ventura, di con una plazuela desierta, y con casas de humilde apariencia. Aquella plaza terminaba con una reja de hierro, entre dos altas tapias, asomando tras de éstas negros cipreses con la punta vuelta al cielo; pardos muros con dobles rejías; desiguales tejados de salientes aleros; una capilla en el último término, y sobre su portal un nicho colocado entre espesas celosías; una torre negra, pesada, falta de gracia y esbeltez, que se perdía en la sombra, que infundía miedo y parecía un negro fantasma custodiando el lúgubre recinto.

De pronto, aquel campanario pareció animarse, adquirir nueva forma, trocar su aspecto lúgubre en risueño, dirigir la voz á todo cuanto le rodeaba, hablar, llamar con alegres y vibrantes acentos á los vecinos, como agradeciendo el primer beso de luz que le mandaba la mañana.

El gigante había soltado la lengua, digo la campana, y llamaba á los fieles á misa primera. El sacristán abrió la verja, después la puerta del templo, y entré en él. Había principiado la misa. Un sacerdote oficiaba en el altar mayor, y las monjas, pues aquella casa era un convento de madres carmelitas, rezaban con voz gangosa, arrodilladas en el coro.

La iglesia iba llenándose de fieles, y tomé asiento en una de las capillas. Fijé maquinalmente la vista en un cuadro que había en ella, y le contemplé con el amor de un artista. Era una pintura preciosa. Una obra que recordaba la bella, risueña é incomparable escuela sevillana. Una virgen, bañada en luz celestial, de actitud tan tierna como modesta, rodeada de ángeles, colocada sobre un trono

de nubes y pintada con tal cariño, con tal perfección, con tal riqueza de colorido, que Murillo no la hubiera desdeñado, y Juan de Juanes se hubiera hincado de rodillas ante ella.

Terminada la misa, pregunté al santero de las monjas: — ¿Qué virgen representa este lienzo?

—La de los claveles, — me contestó. — Este es el nombre que le dan en la vecindad. — Y añadió, bajando la voz, — he aquí su historia:

En la calle del Mar se levanta el antiguo caserón del Barón de Rocablanca, señor de buen pelaje, persona influyente, amantísimo de las libertades patrias, y generoso y expansivo á cual más. Tenía el buen señor una hija, llamada Cristiana, que era una niña tan virgen y bella como la santa de su nombre.

Damisela más elegante, más cariñosa, más expansiva, no la había en toda la villa. Su ilusión eran los claveles rojos. Esta hermosa flor, gala y orgullo de los jardines de España, crecía á centenares en su huerto, y con ella se adornaba. La niña tenía novio. Un mozo hidalgo, muy rico, muy dado á los libros y gran amor del rey y de su patria, como todos los hidalgos españoles, en aquella época.

Estaba ya concertada la boda entre Cristiana y Pablo, así se llamaba el mozo, cuando Napoleón quiso apoderarse de España; primero, por medio de la traición; después, por las armas.

El grito de guerra lanzado contra el invasor, impidió que los amantes llamasen á las puertas de la vicaría. —Hay que esperar,—decía el Barón;—esa jarana pronto terminará.

Así lo creían todos los españoles.

Mas ¡ay!, un día, á primeras horas de la mañana, llegaron los franceses á esta villa, en són de guerra. Las campanas dieron el toque de somatén; aquel toque, conocido desde tiempo inmemorial en nuestra tierra; toque repentino, grito de guerra, voz de alarma que enardece la sangre, que pone el arma al brazo, que impulsa á vencer ó morir y llena de terror y espanto al enemigo.

Todo el mundo se echó á la calle. Hombres, mujeres, niños, religiosos de todas las órdenes, empuñaron el arma, cortando el paso al invasor, impidiendo que se hiciera dueño de la villa, que saqueara sus moradas, que violase á sus bellas hijas, que robase las alhajas guardadas en sus templos, que destruyera sus talleres, que quemase sus archivos y profanase las tumbas de sus padres.

Uno de los primeros que corrió á la lucha fué Pablo, seguido de un puñado de valientes.

Al llegar á la calle del Mar, vió á Cristiana, asomada al balcón de su casa, mirando de un lado á otro, con febril impaciencia. Al distinguir á su novio, gritó ésta, con sobresalto:

—¡Pablo! ¡Pablo mío!... ¿A dónde vas?

—A defender nuestros hogares... ¡Retírate, amor mío, del balcón!...

—¡Guarda tu vida, que es la mía!...

—Reza por mí y por la patria, y será nuestra la victoria. Adiós. ¡Retírate por piedad!...

—Ad...

Cristiana no pudo terminar la frase; una bala del campo enemigo, penetró en su sien, dejándola cadáver.

Pablo, quedó como alocado. Entró precipitadamente en la casa, llamó á la familia, á los criados, llenó de besos el ensangrentado rostro de su novia, cogió de nuevo el arma y peleó con febril arrojo hasta caer acribillado de heridas.

Algunos meses después, el desgraciado mozo, pareciendo un cadáver que hubiese abandonado el ataúd, vino, del brazo de su padre, á oír misa en esta iglesia. Se arrodilló con mucha fatiga, y al incorporarse, lanzó un grito de sorpresa y admiración.

En el rostro de esa virgen, vió el rostro de su prometida, y rezó ante ella y se sintió feliz.

Desde aquella mañana, la visitó diariamente, adornando con claveles rojos este modesto altar.

Toda su vida se concentró en esta imagen. Primero hubiera faltado pan á su boca que flores á esta celestial beldad.

No se ha conocido culto igual. Aquel joven franco, animoso, no tenía otra ilusión ni otro afán que esta capilla. ¡Qué le importaban los males de la patria!... Todo el mundo se había reducido para él á esta divina obra de arte, y apenas se apartaba de ella.

Le creó una capellanía, le compró esta lámpara de plata, dejó una renta para que nunca faltasen flores á la Señora, y pidió que le enterraran en este sitio.

Su deseo fué cumplido. Y aquí, bajo esta losa, duerme su último sueño aquel generoso pecho que tanto amó, y continúa tal vez amando, á aquella noble mártir de nuestra independenciam.

El santero calló; yo estaba satisfecho. Había contemplado una inspirada obra, y recogido una página de amor.

* * *

Salí del templo. El sol inundaba de luz y de alegría el cielo, el campo, el mar y la ciudad; el aire de la mañana acariciaba los tiestos de los balcones y jugaba con sus blancas cortinas; se habían abierto los portales de las casas; y los graves gigantones y cabezudos, las danzas del país y las músicas, recorriendo las calles, pregonaban que seguía en todo su apogeo la típica, solemne y bulliciosa fiesta mayor.



FRANCISCO GRAS Y ELIAS

Ilustraciones de JOSÉ CUCHY.



SIMPATÍA Y AMISTAD

Es frecuente deleitarse en las novelas con ejemplos de personas que se profesan mutua simpatía ó amistad, aun cuando posean temperamentos contradictorios. El artista obtiene de tales uniones efectos emotivos que concurren al brillo de su obra, pero encierran á la vez el grave inconveniente de inculcar en el lector poco avisado la creencia en una doctrina de la simpatía, absolutamente en desacuerdo con las realidades de la vida.

Si alguna verdad existe en filosofía, es, por cierto, la que sostiene la unión de los semejantes. Es indudable que á veces se observan casos especiales confirmatorios, en apariencia, de la teoría de los contrarios, pero examinados de cerca, no constituyen ni siquiera excepciones al principio de la simpatía exigente de una armonía de temperamento, de tendencias físicas, intelectuales y morales.

Al más vulgar sentido común repugna, por otra parte, que dos sujetos de diverso carácter puedan unirse íntimamente. Las transacciones sociales, las cortesías de buena educación y la superioridad del trato indispensable, nada prueban en definitiva. Todo esto forma parte de la obligada tolerancia general y demuestra únicamente que el hombre es un sér sociable.

Schopenhauer ha caracterizado con mucha habilidad el perpetuo armisticio en que vivimos; á pesar de la exageración pesimista del ilustre filósofo, no puede negarse que su apólogo de los puerco-espines traduce con exactitud la prosaica situación en que cada uno de nosotros se encuentra acerca de su semejante. «En un día helado de invierno, un rebaño de puerco-espines se reunió en apretado grupo para defenderse mutuamente del hielo con su propio calor. Pero en seguida sintieron las heridas de sus puas, lo cual les hizo alejarse á unos de otros. Cuando la necesidad de

calentarse les hubo acercado de nuevo, se repitió el mismo inconveniente, de modo que eran llevados de uno á otro sufrimiento, hasta que acabaron por encontrar una distancia media que les hizo la situación soportable. Así la necesidad de sociedad, nacida del vacío y de la monotonía del propio interior, lleva á los hombres unos á otros, pero sus numerosas cualidades repulsivas y sus insoportables defectos les dispersan de nuevo. La distancia que acaban por descubrir y en la cual la vida en común se hace posible, es la cortesía y las buenas maneras.»

El apólogo de Schopenhauer es interesante porque señala un estado de cosas que todos conocemos. No suscribiríamos, sin embargo, á la deducción que proyecta con respecto á la cortesía, puesto que si nuestros lectores lo recuerdan, hemos calificado en esta misma Revista á la descortesía como expresiva de la más vulgar y más barata inferioridad de sentimientos. La buena educación sería por el contrario reveladora de un temperamento amable que se cuida de no lastimar la sensibilidad de las personas que viven en su trato.

Sin confundir, pues, la cortesía con su falsificación; sin negar que en muchos casos no sentimos al pie de la letra cuanto expresamos, lo que no es tan condenable, pues ciertas franquezas sólo provocan precisamente un malestar al prójimo que, salvo circunstancias especiales obligatorias, no hay por qué infligirle; sin negar todo esto ni hacer la lista de motivos que exhibiría una casuística dificultosa, admitimos por razones de tanto peso como claridad, que en la cortesía hay un fondo de nobleza inconfundible con sus posibles aplicaciones hipócritas y utilitarias.

De todos modos, aparte de la cortesía, expresiva á nuestro juicio del minimum de simpatía que de nos-

otros puede exigir todo semejante, existe la verdadera simpatía á que entendíamos referirnos al principio del artículo, es decir, á ese sentimiento por todos conocido que nos acerca á un individuo determinado en virtud de sus cualidades.

Para que ella se despierte, es necesaria la visión de una semejanza de gustos é inclinaciones. En relación con un hombre que siente y piensa como nosotros, encontramos una fraternidad impuesta por la misma naturaleza, un lazo familiar é íntimo, que nos procura satisfacciones de amable expansión en otra conciencia. He aquí el desdoblamiento del egoísmo en altruísmo, que nos hace amar á otro en nosotros mismos. La existencia de tal semejante nos asegura un compañero de pensamiento y de corazón y responde no ya á la vacía necesidad mundana de hablar y oír hablar en compañía, sino á la exigencia afectiva que está en la esencia de la naturaleza humana. Por eso buscamos ó, más bien, nos unimos espontáneamente con nuestro igual y nos alejamos de nuestro contrario. Nunca se ha visto la combinación afectiva y sincera del avaro con el generoso, del cobarde con el valiente, del noble con el calculador utilitario y mercantil. De modo, que la semejanza de temperamento, tanto en buen como en mal sentido, une á los hombres con lazos simpáticos. Así se justifica la profundidad del diagnóstico popular: «Dime con quién andas y te diré quién eres.»

Ahora bien; de la simpatía se pasa á la amistad cuando aquella semejanza es aún mayor, cuando es ó parece ser definitiva. Todos estamos dispuestos á la amistad, á pesar de lo que sostienen los moralistas pesimistas como Schopenhauer y La Rochefoucauld, que estarían más cerca de la realidad si no afirmaran tan en absoluto una serie de principios desgraciadamente bastante exactos en sí mismos, sobre todo desde un punto de vista particular.

Sin necesidad de profundizar el análisis, aparecen á simple vista las dificultades que se oponen á la amistad. Si ella exige una similitud de naturaleza próxima á la identificación como lo aseguramos, nada ha de ser más difícil que realizarla en la existencia, porque lo que en ella abunda son las desemejanzas, las desigualdades, las oposiciones de corazón y de inteligencia. Si no tenemos, por consiguiente, mayor número de amigos verdaderos, no es por falta de deseos ni de una comunión afectiva; es, precisamente, por la repugnancia fatal de todo individuo á entregar su intimidad á un sujeto incapaz de comprenderle y de sentir y pensar al unísono con él. Ha de comprenderse que esta dificultad aumenta en razón directa de la originalidad y eleva-

ción de carácter y de la inteligencia, pues el campo afectivo disminuye á medida que se exigen cualidades raras, que salen de la común mediocridad, del modesto término medio de la mayoría. De aquí también la facilidad de las naturalezas poco complicadas para contraer amistades, dejarlas y reanudarlas al azar del primer viento que pasa.

Todo se explica mediante el análisis. Si resulta desconsolador para la amistad, nos atribuye, por lo menos, la esperanza de la simpatía, que es una apro-



ximación, que es también una luz capaz de iluminar la vida.

CARLOS BAIRES

Ilustraciones de V. BUIL.

PENSAMIENTOS

—¿Quisieras ser Rey? — Jamás.
—¿Y rico? — Ni sólo el nombre.
—¿No quieres ser poderoso?
—Me contento con ser hombre.

¡Cuántos rezan en voz alta
creyendo agrandar á Dios!
¡Darles limosna á los pobres
es la mejor oración!

Enterraron la virtud
vestidita de percal.
¡Sin un mísero ataúd!
¡Sin un canto funeral!

JOAQUÍN NIN Y TUDÓ

LAS DOS HUÉRFANAS

CASI de una misma edad, en el mismo día ingresaron las dos en el Colegio de... donde juntas y unidas por una estrecha amistad vivieron algunos años, hasta que, con pocos días de diferencia y con motivo de la enfermedad de sus padres, le abandonaron ambas.

Hijas, Mercedes de un antiguo magistrado y Julia de un joven fiscal, que si bien ofrecía ser una lumbrera, no había conseguido aún labrarse una fortuna; aunque el rudo golpe sufrido fué igualmente doloroso para las dos jóvenes, sus consecuencias y efectos no lo fueron, puesto que la madre de Mercedes, á pesar de vivir separada de su marido, obtuvo una viudedad de alguna consideración; mientras que la de Julia, que aunque modelo de esposas, no tenía derecho á figurar en la nómina de clases pasivas, se vió, desde el primer momento, falta de todo recurso.

Dispensen mis lectores si, dirigiéndola á los muy sabios, muy justos y muy respetables fabricantes de esos tejidos que llamamos leyes, me permito formular una pregunta: ¿Es justo que la mujer separada de su marido, obtenga ante la ley las mismas ventajas que la que amante, ó resignada, comparte con el suyo todas las vicisitudes de la vida, no separándose de él hasta que la muerte los separa?

Muerto el que era su único sostén, Julia y su madre, llenas de cristiana resignación, redujeron sus gastos, despidieron las dos criadas que tenían, dejaron el cuarto principal que ocupaban y se mudaron á una calle menos céntrica y á un piso tercero, buscando la una lecciones de francés, piano y dibujo y la otra trabajo de costura; pero como la chica al pronto no encontró lecciones, hija y madre se dedicaron á coser para las tiendas de ropa blanca, sin que este trabajo, no siempre abundante y siempre mal retribuido, bastara á asegurar su subsistencia.

Una enfermedad de Julia vino además á agravar su situación y las alhajas más ricas, primero, y las de menos valor después, fueron, poco á poco, empeñadas, no sin que la madre, al desprenderse de ellas, las regara con sus lágrimas.

¿Cómo no llorar, cómo no besar, al empeñarlo, el aderezo que regalo de su marido lució el día de su boda? ¿Cómo no verter amargas lágrimas al extraer del rico medallón de oro con cifra de brillantes el retrato del esposo muerto y los cabellos de éste entremezclados con los que el amor maternal cortó de la airosa cabeza de su hija?

Grave y penosa la enfermedad y larga la convalecencia, cuando Julia se restableció completamente, ella y su madre, procurando gastar lo menos posible, abandonaron el cuarto tercero que ocupaban y se mudaron á una calle más apartada y á un piso interior, gracias á cuya mudanza la chica halló sus dos prime-

ras discípulas en las dos hijas del propietario de la casa que en su piso principal vivía.

Este señor, que comenzó siendo peón de albañil en su juventud, que fué albañil después, maestro de obras más tarde y que por último y gracias á su habilidad y á la usura, se veía propietario de varias fincas urbanas, cuando Julia y su madre fueron á firmar el contrato de arrendamiento se enamoró de la muchacha, á la cual, como medio de seducción y para poder verla y hablarla todos los días, encomendó la educación de sus hijas.

Tranquilas ya Julia y su madre en cuanto al pago del casero, porque los cuatro duros al mes que su habitación rentaba quedaban satisfechos al recibir el importe de la doble lección ajustada en treinta pesetas mensuales, no tuvieron que pensar más que en procurarse con la costura el indispensable pan de cada día y en conservar, á ser posible, las alhajas y objetos empeñados.

Para conservarlas, para no perder éstos, más que restos de la pasada opulencia, recuerdos queridos del padre y del esposo llorado, las ropas fueron empeñadas para pagar los réditos de las alhajas y cuando no hubo ya ni ropas que empeñar en la plaza de las Descalzas, ni muebles de algún valor que vender, las papeletas del Monte de Piedad, porque la costura apenas si les producía lo necesario para vivir, fueron empeñadas en otras casas de préstamos, con lo cual, como la usura que empieza por lamer y acaba por comer y destrozar, su situación se hizo cada día más precaria.

Si el Monte, cumpliendo los fines para que fué creado, fuera en efecto piadoso, los periódicos no publicarían esos anuncios en que las casas de préstamos, ofreciendo todo su valor por las alhajas y papeletas del Monte, patentizan que el dicho y dichoso establecimiento no tiene piedad alguna, y si bien no ejerce la usura, rechazando con sus mezquinas tasaciones á los necesitados que á él acuden, los entrega á la canina voracidad de los usureros.

Si así no fuera, si el Monte, aunque asegurando ple-





namente el capital é intereses de sus préstamos, diera por los objetos lo que por ellos podía y debía; las casas de préstamos no tendrían tantos parroquianos, los necesitados serían socorridos y la piadosa fundación de Piquer, sobre llenar los humanitarios fines que la determinan, obtendría mayores ganancias, aumentando no sólo el importe sino el número de las operaciones que hoy realiza.

Volvamos á nuestra historia.

Tenaz, con la cruel y fría tenacidad del gato que acecha al ratón hasta que de él se apodera, el casero de Julia, á pesar de que ésta, siempre honrada y digna siempre, venía rechazándole hacía más de tres años, persistía en sus torpes pretensiones, esperando rendir por hambre una fortaleza que la miseria y las enfermedades combatían rudamente.

Cien veces Julia, lastimada por el grosero lenguaje y por los brutales ofrecimientos de aquél, pensó dejar la lección y mudar de domicilio; pero tenía su madre, su madre que, víctima de una parálisis total y sumida en un estado de idiotismo, vivía tan solo para las necesidades materiales, llorando unas veces y rugiendo furiosa otras, cuando éstas no le eran pronto y cumplidamente satisfechas.

¿Qué hacer en tal situación? ¿Mudarse? ¿Con qué dinero? ¿Dejar la lección? ¿Y cómo pagar después la casa? ¿Cómo privarse además de este recurso, el más importante de los pocos con que contaba?

Malvendiendo cuanto en la casa había, quedándose más de un día sin comer para que su madre comiera, Julia, siempre resignada y siempre piadosa y buena hija, acudió á sus antiguas compañeras de colegio, á Mercedes su íntima amiga una de ellas, y cuando agotó este recurso, llegó á pedir limosna por las calles.

Joven, y aunque demacrada por los sufrimientos y por el hambre, bella y llena de encantos y perfecciones, Julia, más que caritativas dádivas recogía ofrecimientos que herían su pudor y lastimaban su dignidad, á pesar de lo cual ni una sola vez contestó altiva á los brutales é impíos transeuntes que á la suplicante voz de la miseria contestaban lividinosos con ofertas ultrajantes.

Una noche, sin embargo, después de no haber tenido en todo el día ni pan que dar á su madre, oyó tales y tan ofensivas palabras de unos jóvenes y tan repugnantes ofrecimientos de un viejo, que no pudiendo sufrir más, indignada, febril, llena de odio y de desesperación, se volvió á su casa sin haber recogido ni una limosna siquiera.

—¡Pan! dame pan; dame de comer; — gritó su madre al verla, — tengo hambre, mucha hambre.

—¡Tienes hambre, pobre madre mía! tienes hambre y yo no tengo nada que darte, nada; — dijo con voz desfallecida la joven. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó desecha en llanto; — pero sí tengo, — repuso y sus ojos brillaron siniestramente, — aún puedo darte algo; espera, espera un poco, — añadió y, enjugando sus lágrimas, abrió la puerta de la habitación, bajó como loca las escaleras, llegó al piso principal, llamó y, al sonar la campanilla, cayó desplomada en tierra.

Desde aquella horrible noche ni Julia volvió á pedir limosna, ni su madre á tener hambre, á pesar de lo cual los hermosos ojos de la joven sólo dolor, tristeza y desesperación expresaron desde entonces.

Un año vivieron hija y madre de este modo, doce meses duraron aún el idiotismo de la una y los ocultos y crueles padecimientos de la otra, hasta que un día por fin y á pesar de los incansables desvelos y cuidados de la hija, dejó de existir la madre.

Muerta ésta, Julia cerró piadosamente sus ojos, la lavó y amortajó por sí misma, veló, sin apartarse un momento de su lado, aquel queridísimo cadáver á cuya inhumación asistió al día siguiente, y cuando al regresar del cementerio acompañada del dueño de la casa, éste al despedirse de ella fué á besarla como de costumbre.

—No, — dijo Julia, — ya no: mi madre nada necesita ya, y yo, mañana dejaré esta casa para siempre. Sin amor, sin deseo, llorando, desesperada, hice por mi madre el mayor y más vergonzoso de los sacrificios posibles. No sé si hice bien ó mal, sé que lo hice y que en iguales circunstancias volvería á hacerlo cien veces; pero sé también que lo que entonces fué abnegación, martirio y sacrificio, sería en adelante infamia, y no quiero ni puedo ser infame. Mañana, por tanto, dejaré como ya he dicho esta casa, de cuyos muebles, ropas y enseres puede usted disponer, puesto que todo esto es suyo. No quiero ni obtener provecho, ni conservar recuerdos de mi oprobio. Salga usted, — y al decir esto, abriendo la puerta y con un ademán y una mirada imposibles de ser descritos, hizo salir al casero.

Al día siguiente, Julia, firme en su resolución, abandonó para siempre aquella casa donde tanto había sufrido y antes de realizar el pensamiento que acariciaba y al pasar por delante de la iglesia de San Martín, entró, llena de fe, en ella.

El séptimo de los sacramentos era administrado á la sazón en una de las capillas del templo y Julia, á pesar de sus dolores, fijó su vista en los contrayentes,

reconociendo en la joven y bella desposada á su compañera de colegio, á su amiga de la niñez, á Mercedes, en fin, que vistiendo un elegante y rico traje de boda y cubierta materialmente de brillantes, se unía en matrimonio á un hombre de aspecto tosco y vulgar, de figura y ademanes ordinarios y cuya edad duplicaba, ó poco menos, la de ella.

Ante aquella disparidad de edades y de aspectos, Julia, no comprendiendo cómo su amiga tan bella, tan espiritual, tan elegante y simpática se unía á aquel hombre, ó por mejor decir á aquel viejo cuyo aspecto más bien repugnaba que atraía, —le amaré,—se dijo interiormente,—le amaré, á pesar de las diferencias que los separan, ó este matrimonio será como... — y recordando su horrible sacrificio, rompió en amargos sollozos.

Inquiriendo la causa de aquel extraño llanto, los ojos de la desposada se fijaron en Julia, al reconocer á la cual lanzaron una mirada de indignación y de desprecio.

—¿A qué viene hoy aquí esa mujer? ¿por qué asiste á mi boda esa miserable?—se preguntó á sí misma Mercedes, que escandalizada por la asistencia á la iglesia de su antigua compañera seguía diciendo entre sí: —¿Se atreverá á hablarme; será capaz de hablarme aquí y delante de todo el mundo, cuando todo el mundo sabe que vive á expensas de su honra y que es una perdida? Sería horrible que me hablará y me tuteara como en el colegio; pero no, no me hablará, porque debe comprender que de ella á mí hay una distancia inmensa.

Una inmensa distancia separaba, en efecto, á aquellas dos jóvenes, amigas y compañeras en su infancia: Julia, cuya dolorosa historia conocen mis lectores, febril, desesperada y atenuando su falta las horribles circunstancias que le obligaron á cometerla, había por amor á su madre sacrificado su honra y vendido su hermosura, entregándose resignada á la execración y al desprecio y hasta despreciándose ella misma, mientras que Mercedes, mereciendo los mayores respetos sociales, garantida por las leyes y bajo la salvaguardia de la religión y de la Iglesia, daba su mano y entrega-

ba su belleza á un hombre al cual, en verdad, no amaba, á un hombre que por su edad, por su figura, por su educación y modales tenía que serle repulsivo; pero merced al cual sería millonaria en adelante y podría ostentar y lucir vistosos trenes.

Cuando salieron de la iglesia los recién casados, Julia salió también y, al montar su amiga en el lujoso carruaje que la esperaba, —¡Dios te haga feliz!—exclamó, mientras Mercedes irritada por la aclamación, —¡miserable!—decía entre dientes, —¡miserable!

¿Cuál de las dos jóvenes, sin embargo, era en justicia más merecedora del denigrante epíteto lanzado á su compañera de colegio por Mercedes? ¿La que sola, llorosa, abatida y despreciada se encaminaba, destrozada su alma, á la calle de Hortaleza para pedir por caridad asilo en las Arrepentidas, ó la que festejada, orgullosa y sonriente se dirigía á la casa de uno de cuyos cuartos había sido inquilina y de la cual, como de otras varias, sería en adelante propietaria?

No sé lo que pensarán mis lectores; yo por mi parte pienso que el matrimonio por interés y sin amor, el matrimonio negocio, es una sacrílega profanación del séptimo sacramento, una manifestación como otra cualquiera de lo que se llama trata de blancas y una compra-venta tanto más infame y repugnante, cuanto mayores sean las solemnidades con que se verifique.

La venta de un sér humano, sea hecha de éste ó del otro modo, es siempre repugnante; y entre el feroz bandido que en lucha con la sociedad y con verdadero peligro se apodera á viva fuerza de lo ajeno y el suave y complaciente usurero que sin exposición, al amparo de las leyes, protegido por las autoridades y respetado por la sociedad, desuella y devora á su prójimo, apoderándose de cuanto tiene; el bandido me es menos repugnante que el usurero; como es para mí menos repulsiva é infame la infeliz que sucumbe obligada por la miseria que la que, teniendo un pedazo de pan y un vestido de percal, busca en el matrimonio, no la santificación del amor que siente, sino el medio de tener el lujo ó las comodidades que desea.

De las mujeres de mi historieta por tanto, la víctima de su amor filial merece á mi juicio compasión; la millonaria, desprecio.

MARIANO VALLEJO

LO QUE SACÓ

—Algo he de sacar, Torcuato, de esta elección, dijo Amores, con tal que los electores sostengan el candidato.

—¿Lo puedes asegurar?

—Afirmo, de cualquier modo, que, si yo no saco todo, algo al fin he de sacar.

Para cumplir su promesa mucho Amores trabajó, hasta que al fin consiguió ganarse á los de la mesa.

—Ahora te puedo jurar, dijo á Torcuato, que es mía la elección, y hoy es el día en que algo voy á sacar.

Luego fué con su balota, á las urnas, la entregó, y en seguida algo sacó...

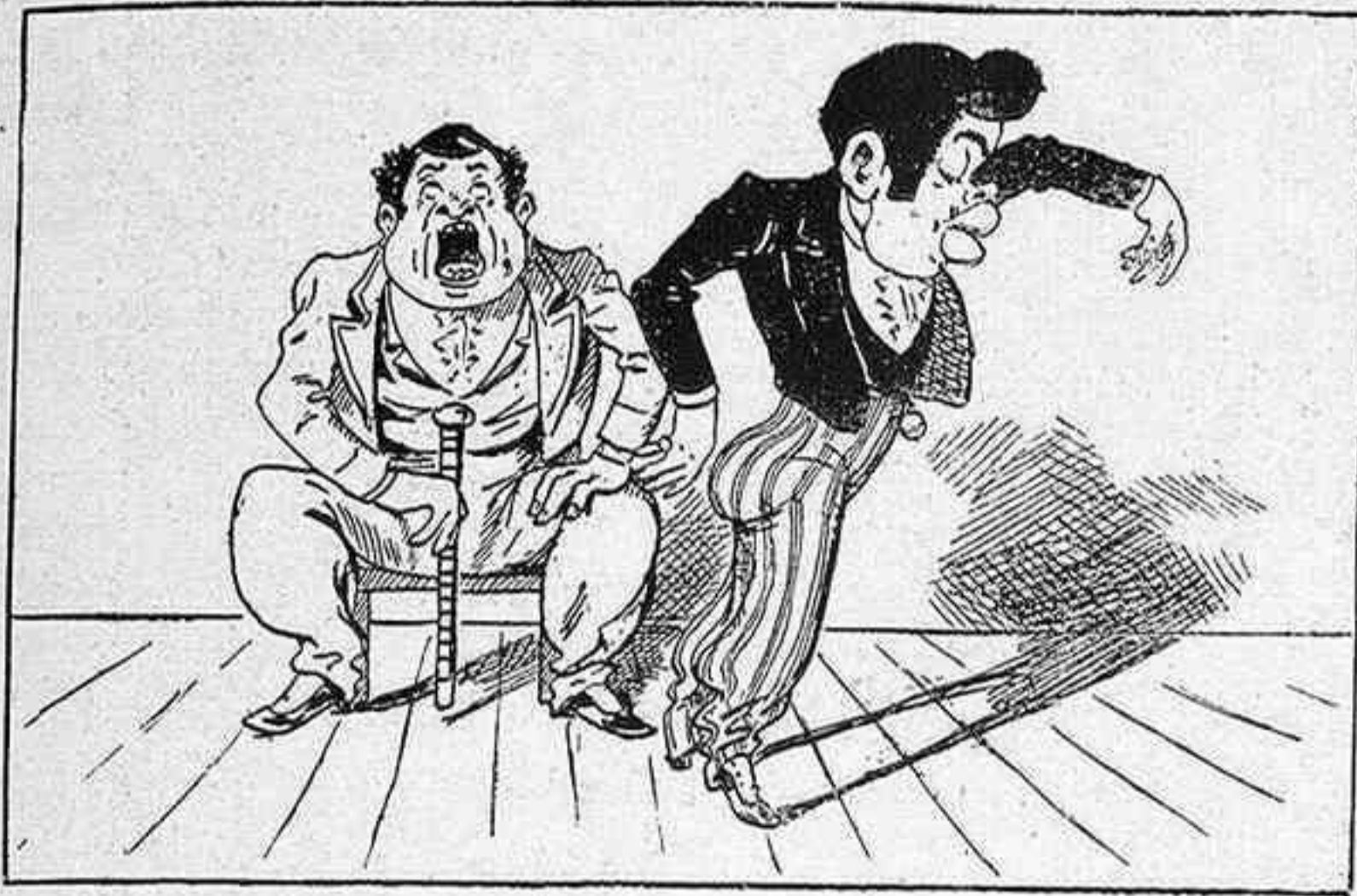
¡Que fué la cabeza rota!

WASHINGTON P. BERMÚDEZ

Montevideo.



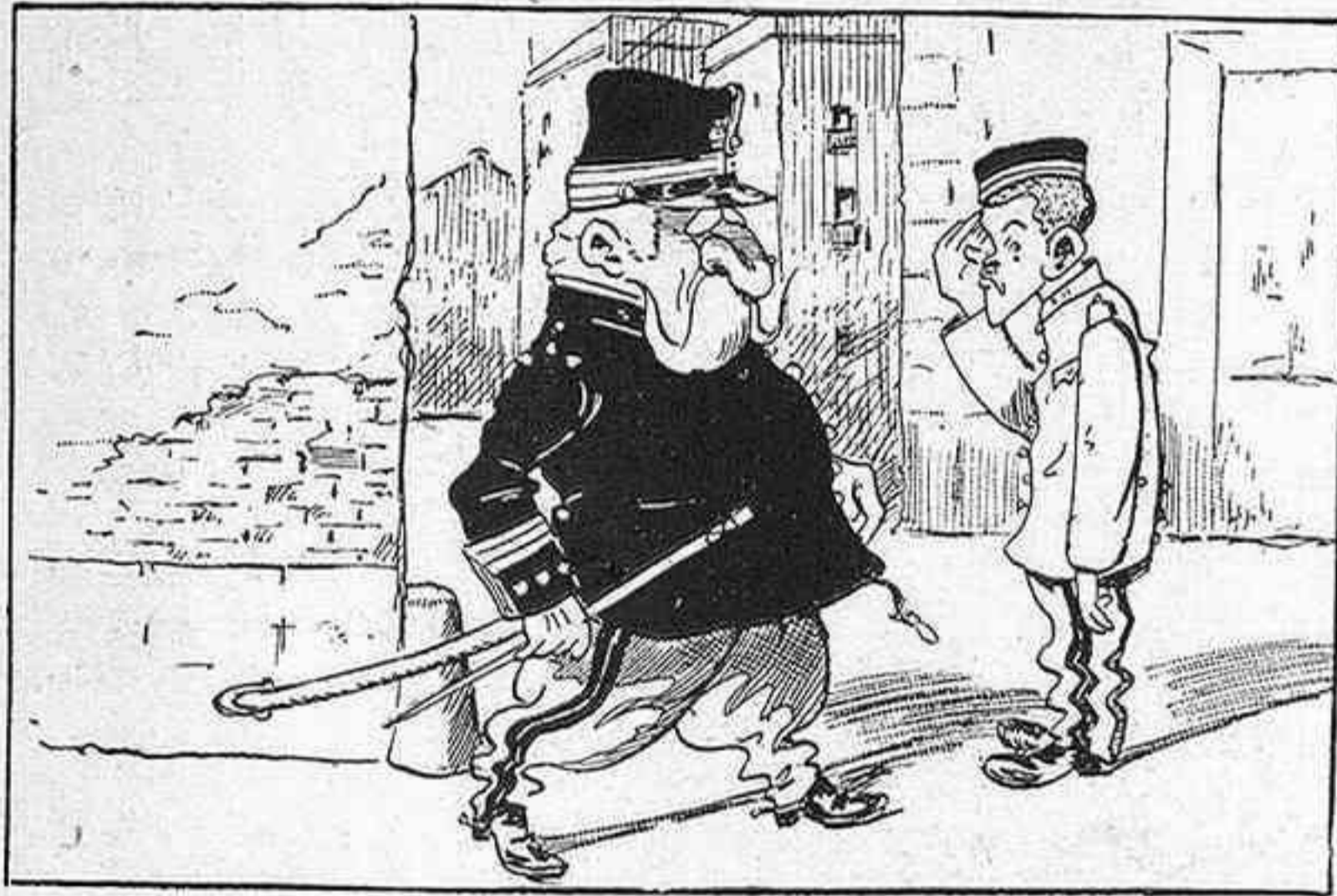
APUNTE; por A. MÁS Y FONIDEVILA.



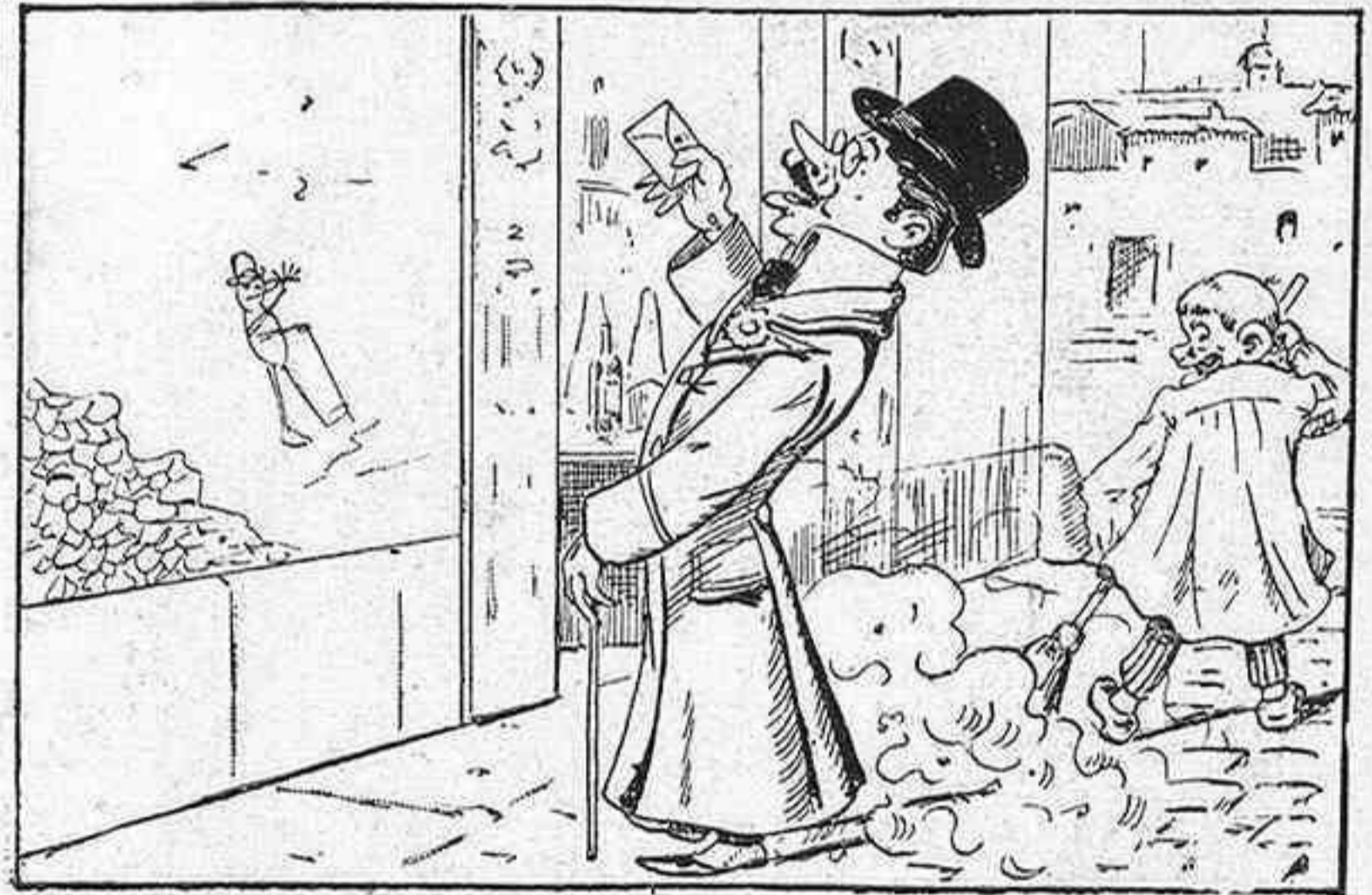
1. — Dos gansos.



2. — Un pájaro de cuenta.



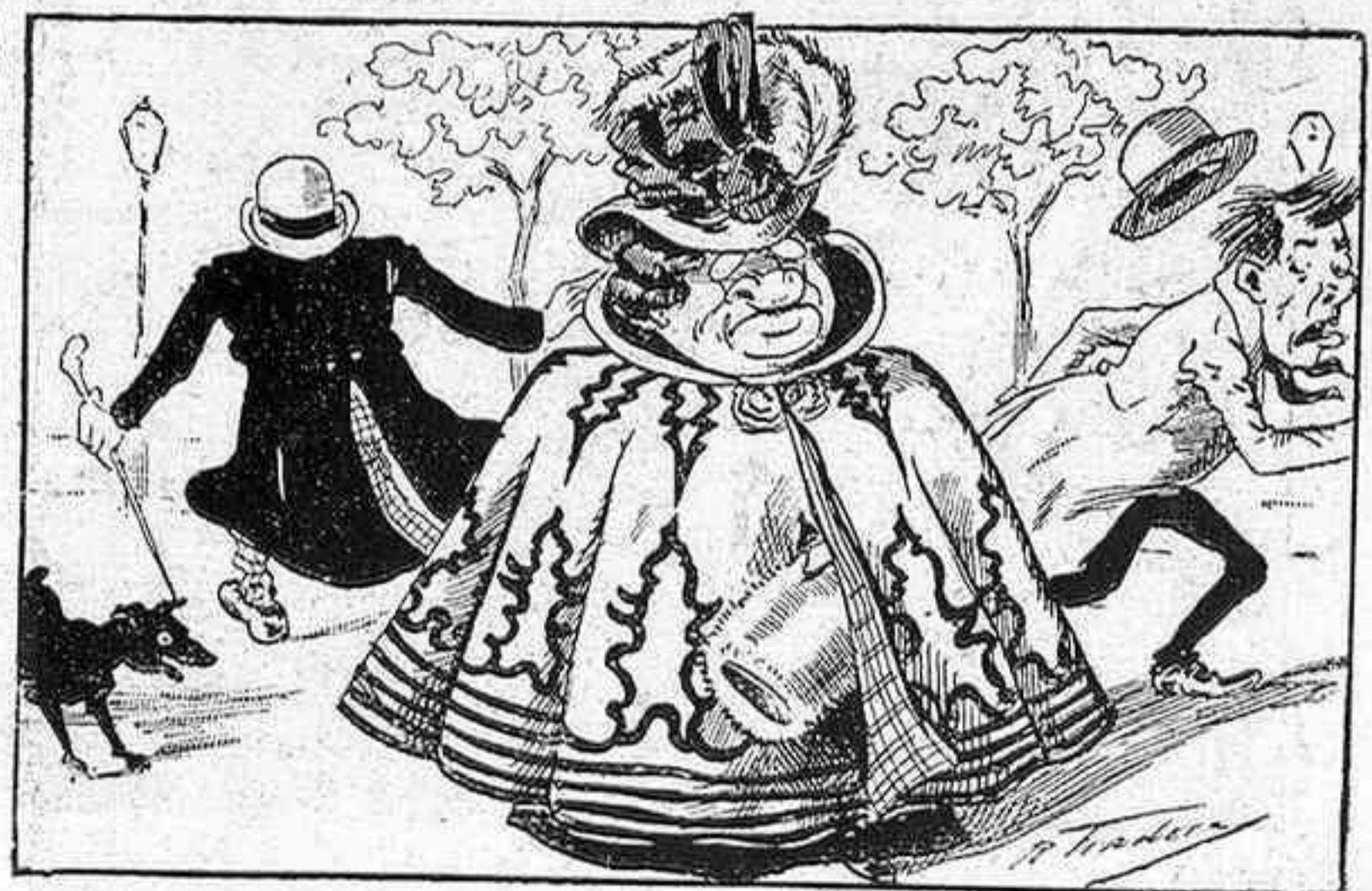
3. — Pez espada.



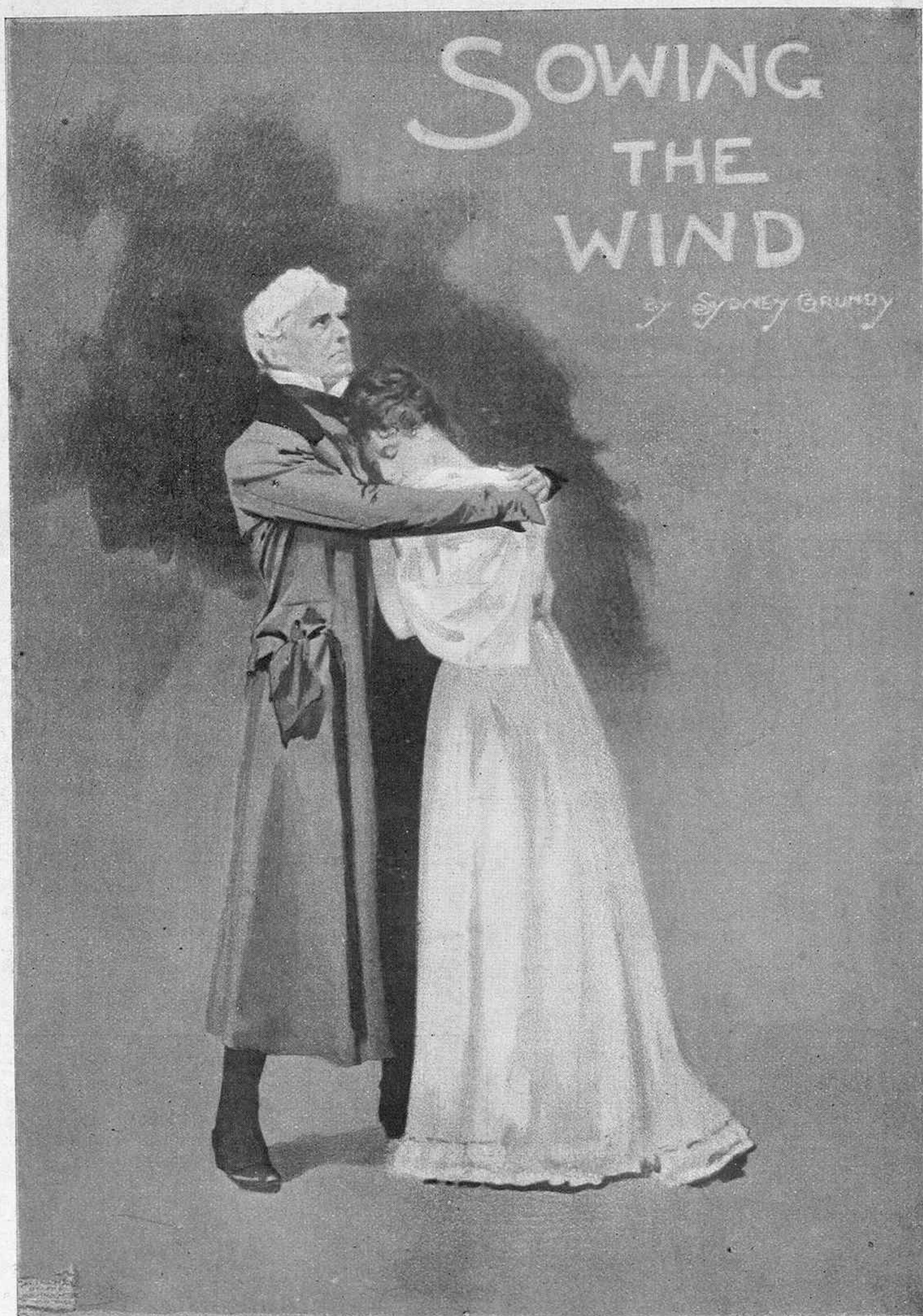
4. — Oso.



5. — Dos truchas.



6. — ¡¡Una ballena!!



Cartel anunciador de la comedia original de Sydney Grundy: «Sembrar vientos».

SERIE 2.^a

NÚM. 41